

PEREGRINACIÓN EUCARÍSTICA AL JUBILEO DE LA ESPERANZA 2025

Con motivo del Año Santo y bajo el signo de la Esperanza, como nos indica el Papa en la Bula de convocatoria del Jubileo 2025, "*Spes non confundit*" (La esperanza no defrauda), entre los días 23 a 30 de agosto pasados, un buen grupo de adoradores nocturnos tuvimos la bendición de vivir nuestra fe de una manera muy intensa en la peregrinación organizada por la Federación Mundial de las Obras Eucarísticas de la Iglesia.

Iniciamos el camino cruzando el umbral de las puertas santas de las cuatro Basílicas Papales de Roma: San Juan de Letrán, Santa María la Mayor, en la que pudimos celebrar la Santa Misa el sábado de nuestra llegada, San Pablo Extramuros y San Pedro del Vaticano. Así hacíamos vida el versículo del capítulo 10 del Evangelio según San Mateo: «Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos». Con este gesto, expresamos todos los peregrinos la decisión de dejarnos guiar por Jesús, que es el Buen Pastor, abandonando el pecado y acogiendo la misericordia de Dios.

Durante nuestra estancia en Roma, visitamos la Abadía de las Tres Fuentes, antiquísimo lugar de peregrinación donde fue decapitado el apóstol San Pablo en el año 67 d.C.; el Santuario de la Virgen de la Revelación, lugar en el que, el 12 de abril de 1947, la Virgen María se apareció a Bruno Cornacchiola y a sus tres hijos para confirmar el dogma de la Asunción que se encontraba en estudio y reflexión; la iglesia donde se produjo el famoso encuentro entre el apóstol Pedro, mientras huía de Roma, y Jesús, que se encaminaba a la ciudad, pronunciando San Pedro la célebre frase "*Domine, quo vadis?*", conservándose incluso en su interior la réplica de una losa con las huellas atribuidas a Jesús; las iglesias de San Juan en Porta Latina y San Juan en Óleo, que recuerdan el intento de martirio del apóstol San Juan que allí acaeció; la basílica y las impresionantes catacumbas de San Sebastián Extramuros, que custodian el sepulcro de este santo, uno de los más queridos

en el mundo; y el Instituto San Tarsicio, donde pudimos venerar las reliquias del jovencísimo San Tarsicio, mártir de la Eucaristía.

Esa segunda noche de peregrinaje fue el momento propicio para celebrar la Santa Misa con el rezo de las vísperas y la posterior vigilia eucarística en la asombrosa capilla de nuestro lugar de hospedaje en Roma, la Casa de peregrinos Santa Lucia Filippini. De hecho, fue este tiempo de adoración y oración ante Jesús Sacramentado el que sin duda nos dispuso interiormente para vivir de la manera adecuada lo que la Providencia nos tenía reservado.

En la Ciudad Eterna, también tuvimos la oportunidad de rezar ante el icono original de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, tocar y subir la Scala Sancta, cuyos escalones fueron los que el mismo Jesús subió durante su Pasión en el Pretorio de Pilatos, y adentrarnos en los Scavi Vaticani (necrópolis vaticana), el antiguo cementerio pagano y cristiano que se encuentra bajo la Basílica de San Pedro y que alberga la tumba del primer Papa. Fue verdaderamente emocionante poder renovar nuestra fe, con el rezo en común del Credo, mientras teníamos ante nuestros ojos las cajas que contienen los huesos de aquel pescador sobre el que Cristo edificó la Iglesia. A lo que se añade la celebración de la Santa Misa que antes habíamos tenido en la capilla de los irlandeses dentro de las grutas vaticanas, bajo el Baldaquino de Bernini.

Tras estos tres fecundos días en Roma, y encontrándonos en una peregrinación eucarística, nuestro rumbo sólo podía dirigirse ahora hacia Lanciano, ciudad medieval de la región de los Abruzos que, en el siglo VIII, fue testigo de cómo, mientras un monje que dudaba de la presencia real de Cristo en la Eucaristía estaba celebrando la Santa Misa, **la hostia consagrada se transformó en carne viva y el vino en sangre**. Hecho que, por cierto, ha sido corroborado por análisis científicos actuales. Y todavía hoy se conserva dicho milagro en el Santuario de San Francisco, que atrae a multitud de peregrinos debido a su indudable relevancia espiritual por ser el primer milagro eucarístico de la historia. Allí la sorpresa fue que la celebración de nuestra Misa tuviera lugar en la capilla primigenia, precisamente sobre el mismo altar en el que ocurrió este prodigio.

Ese mismo día, a continuación, encaminamos nuestros pasos a San Giovanni Rotondo, ciudad en la que vivió durante más de 50 años el Padre Pío. Allí aún se conserva el convento de los padres capuchinos, con su celda intacta, y la iglesia antigua de Santa María de las Gracias, donde celebraba diariamente la Eucaristía San Pío de Pietrelcina, lugar en el que nosotros pudimos celebrarla también dos días. Además, contemplamos detenidamente el Cristo Crucificado ante el que recibió los estigmas. Y, por supuesto, rezamos serenamente junto a su cuerpo, que descansa en el gran santuario que se le dedicó en 2004, donde es venerado por millones de peregrinos. Al día siguiente, realizamos también el Via Crucis monumental que se ubica entre el nuevo Santuario de Santa María de las Gracias, que se tuvo que construir aún en vida del Padre Pío para acoger al ya creciente número de peregrinos que acudían, y el Hospital Casa Alivio del Sufrimiento, fundado por él, inmenso complejo que permanece como legado de su amor a la humanidad herida.

Durante la jornada anterior también habíamos acudido a orar al Monte Gargano, coronado por el mítico Santuario del Arcángel San Miguel, levantado sobre la cueva donde ocurrieron hasta cuatro apariciones suyas. Por eso en el trayecto quisimos rezar juntos la Coronilla a San Miguel Arcángel.

Tras despedirnos de la ciudad de San Pío, nuestro destino pasó a ser la ciudad del Vesubio. Sin embargo, antes de adentrarnos en Nápoles, fuimos a conocer el Santuario Pontificio de Nuestra Señora del Rosario de Pompeya, celebrando la Eucaristía en la capilla donde descansa su fundador, el inminente santo Bartolo Longo, propagador incansable del Santo Rosario, cuyo rezo nos acompañaba también cada día mientras poníamos a los pies de María tantas intenciones que portábamos con nosotros. Como os imagináis, allí no podíamos dejar de visitar además el importante yacimiento arqueológico romano.

Esa penúltima tarde, la dedicamos a Nápoles, disfrutando del *Cristo velato* en la Capilla de Sansevero, de su Duomo, que custodia la famosa reliquia de la sangre de San Genaro, patrón de la ciudad, y de la reposada vigilia eucarística y mariana que tuvimos en la iglesia de San Giuseppe dei Vecchi, sede de la adoración perpetua. Tiempo, este último, en el que aprovechamos para

agradecer al Señor tantos dones y para pedirle que esas jornadas sirvieran para asemejar nuestro corazón al de Nuestra Madre.

El último día todavía nos reservaba bellas sorpresas, como la iglesia del Gesù Nuovo, donde se hallan los restos de San José Moscati, canonizado por su entrega absoluta a los enfermos más pobres, dedicación que surgía de su profunda fe y de su vida eucarística. La parada final de la peregrinación, camino ya de vuelta al aeropuerto de Roma, fue en la impresionante Abadía benedictina de Montecassino, donde descansan San Benito y Santa Escolástica, hermanos gemelos que insuflaron a Europa el alma cristiana que la ha sostenido hasta ahora. Allí mismo, en la capilla de las reliquias, celebramos nuestra última Misa.

Sin duda, peregrinar es vivir la fe al encuentro de Cristo Resucitado, y lo hemos encontrado en el Santísimo Sacramento, en el ejemplo de Nuestra Madre y de los santos, en la verdadera familia que hemos formado todos y cada uno de los peregrinos... ¡Sólo nos queda dar gracias a Dios por esta profunda experiencia de conversión que nos anima a querer repetirla el próximo año!